

Las escuelas cumplirían 100 años

R.M.M.

Hace 100 años, el Ayuntamiento solicitó a la Caja Regional de Previsión Social de Salamanca, Ávila y Zamora cooperación para construir dos edificios para escuelas nacionales, ya que las que había en aquel entonces (en los bajos del actual consistorio), no reunían las condiciones higiénicas ni pedagógicas adecuadas. Dos años después, concretamente en el San Antón de 1926, nacían las Escuelas de Cabrillas.



Doña Teresa y don Abelardo fueron los maestros que estrenaron el edificio nuevo, dividido en seis unidades (niños y niñas pequeños, niños y niñas medianos y niños y niñas grandes), con 40 alumnos cada una.



A ellos les seguirían otros maestros y maestras: doña Consuelo, don Felicísimo, don Nicolás (que volvería después de la Guerra Civil), don José María, que permutaría con don *Salus*, don Paco, don César, don Benjamín, don José Luis, doña Virginia, que permutaría con doña Consuelo, doña Catalina, doña Mari Carmen...



“Aunque era lo de siempre: leer, escribir, quebrados... te lo pasaban muy bien”- dice Gonzalo García, que fue al colegio de Cabrillas.

De los aproximadamente 1.300 habitantes y 240 alumnos que había en el municipio a principios del siglo XX, descendieron a menos de 600 habitantes y en torno a veinte alumnos a comienzos del siglo XXI. Este año, el censo ronda los 320 y hay tan solo 3 alumnos en la escuela.

Próximo a su cierre, tras casi 100 años de historia, recordamos estos últimos años con Nieves, la maestra de Cabrillas.



Nieves, la maestra de Cabrillas

Este curso culmina con veinte años de mi trayectoria como maestra en el colegio de Cabrillas, perteneciente al centro C.R.A. *Las Dehesas* de Tamames.

Cuando finalice este curso, la escuela se cierra, y con ella una de las etapas más bonitas de mi vida como maestra.

Desde pequeña siempre tuve la vocación de maestra. Mi juego favorito era jugar a las maestras con mi hermano y una vecinita. Mi sueño era ser la maestra de un pueblo pequeño como el mío, donde todos los niños y niñas aprendíamos juntos en una misma aula y donde los pequeños aprendíamos de los mayores. Pero esto duró poco tiempo, pues en cuarto curso de la entonces E.G.B cerraron la escuela y nos trasladaron al centro comarcal de La Fuente de San Esteban.

Allí terminé la E.G.B y seguí estudiando para poder cumplir mi sueño. Primero cursé Bachillerato y C.O.U y después accedí a la Escuela de Magisterio. Terminé la carrera de Magisterio y me formé en diferentes especialidades, para tener más opciones de trabajar como maestra. Por fin, en el curso 1991-1992, coincidiendo con el nacimiento de mi hija Esther, que llegó *con el pan debajo del brazo*, comencé a trabajar como maestra interina.

Estuve seis años pululando por diferentes localidades de Salamanca y en el curso 1996-1997, coincidiendo con el nacimiento de mi hijo Antonio, aprobé la oposición, (otro *pan debajo del brazo*). Después de tantos años de lucha y trabajo obtuve la recompensa. Mi destino fue la provincia de Cáceres y allí permanecí cuatro años y otros tres más en Fuentes de Oñoro.



Primer día en las escuelas de Cabrillas

En el curso 2004-2005 llegué a Cabrillas, después de trece años en diferentes destinos. Se había cumplido mi sueño, y como dice mi alumno Ismail: *los sueños no se cumplen, se trabajan*. Mi trabajo daba sus frutos ¡Por fin era la maestra de un pueblo y estaba al lado de mi casa!

Aquí comenzaba una nueva aventura: nuevos niños, nuevas familias, compañeros y vecinos del barrio; pues ellos también formaron parte de mi aventura. Siempre recordaré a la señora Isidora, que cada mañana me daba los buenos días, mientras afanosamente limpiaba su puerta, siempre tan reluciente; al señor Mané y a su mujer que, aprovechando los días de sol, salían a pasear en el recreo y *echaban un parlao* conmigo; al señor Antonio Rubio, que al verme llegar me preguntaba por su tocayo; a la abuela de Francisco, que en el recreo le llevaba el bocadillo a su nieto; la señora Candelas, que cuando hacía rosquillas me llevaba una para degustarla en el recreo; el señor Pepe y su mujer Maruchi, que pasaban largas temporadas en el pueblo y no hace tanto dejaron de venir porque ella enfermó; a toda la familia Borrajo, que siempre tenían algo que comentarme; a la madre de Jere, que cuando pasaba al médico siempre me decía algo; a Paco, paseando a primera hora de la mañana, siempre con su gran sonrisa...

Recuerdo el primer día de clase, para algunos niños era su primer día y llegaban agarrados de la mano de sus mamás, con un babi y una mochila cargada de ilusión por descubrir algo nuevo. Yo llegué también con mi babi y con un libro en blanco en el que página tras página y año tras año he ido recopilando experiencias y aprendizajes.

Los niños estaban expectantes por conocer a su nueva maestra, y aunque no lo pareciera, yo estaba un poco asustada, pues era la primera vez que me enfrentaba a trabajar con alumnos de diversas edades a la vez; pues hasta entonces mi trabajo había sido como especialista de Pedagogía Terapéutica y Audición y Lenguaje. Al principio fue difícil, pero al final fue cuestión de práctica conseguir llevar la clase sin dificultad.



Enseguida me di cuenta que la diferencia de edad no era una barrera para adquirir conocimientos, sino todo lo contrario: los niños se enriquecían conjuntamente enseñando y aprendiendo los unos de los otros; y es que la cooperación entre las distintas edades ha sido la base de esta escuela, primando siempre la individualización y personalización del aprendizaje.

El primer día pasó rápido, y poco a poco, sin apenas darme cuenta, fueron pasando los días, semanas y años. Hasta hoy.

Por aquella época, estábamos dos maestras y 17 niños. Yo era la tutora de Infantil, primero y segundo; y Ana Belén, de la que guardo un grato recuerdo, era mi compañera de Primaria.

Curso tras curso, fueron pasando diferentes directores y directoras, compañeros y compañeras de Primaria y demás especialidades: Educación Física, Inglés, Música, Pedagogía Terapéutica, auxiliares de conversación inglesa y Lourdes, profesora de religión, que es la que más años lleva en el C.R.A. Con todos ellos compartí gratas experiencias.



Han sido unos años muy especiales. Hemos vivido momentos buenos y no tan buenos, con una pandemia por medio, que cambió nuestra forma de vivir y que en ese momento borró la sonrisa de los labios de los niños, pero no de sus ojos y de sus corazones. ¡Qué duro para todos! Nos tuvimos que reinventar y desde casa *ponernos las pilas* con las nuevas tecnologías. Las familias jugaron ahí un papel más que importante, ayudando desde casa. Volvimos al cole con protocolo COVID y había que adaptarse a la nueva situación, pero no hubo ningún problema, siempre se respetaron las normas.



También hemos vivido situaciones muy divertidas, algunas de ellas compartidas con todos los niños del C.R.A *Las Dehesas*.

Qué entrañable el festival de Navidad organizado en la escuela, el baile siempre era el plato fuerte. Recuerdo un año que hicimos un Telediario en el que no faltó ni un detalle, desde el discurso del Rey hasta el anuncio del tiempo, pasando por la retransmisión de la lotería. Y no podía faltar la visita a los diferentes Belenes que habían preparado algunas familias del pueblo.

No tenía desperdicio la fiesta de *La Castañada*, que nos preparaban papás, mamás y abuelos para todos los niños del C.R.A, el Ayuntamiento colaboraba con las castañas y la música, las mamás se vestían de castañeras y alguna incluso nos amenizaba con su clase de zumba.



Recuerdo el merecido homenaje que le hicimos a los abuelos, donde ellos nos relataban sus historias y los niños les dedicaban poesías y canciones.

Los desfiles de Carnaval por las calles del pueblo, con los disfraces que previamente habíamos diseñado y elaborado en el colegio con la ayuda de las mamás. Desfilábamos por las calles del pueblo hasta llegar a la plaza, donde bailábamos y algún vecino repartía caramelos. Al final degustábamos un calentito chocolate preparado por las mamás o por Natacha y Benita.

Algún año hicimos la operación bocata: los niños vendían los bocadillos que hacía las mamás. Después de clase, los comíamos en el patio del colegio, en compañía de los vecinos que colaboraban.

Hasta salimos en la tele, en España directo, con motivo del 30 aniversario del Bibliobús. Cada mes los niños esperan ansiosos la llegada de este, pues siempre trae las últimas novedades.

Aprendimos a hacer pan y la abuela de Carmen nos enseñó el proceso de elaboración del queso.

El Día del Libro lo conmemoramos invitando a las familias a contar cuentos; alguna mamá nos sorprendió con alguna poesía creada por ella. Hasta pudimos escuchar una poesía escrita por un bisabuelo.

Celebramos la Semana de la Ciencia y la prima de Ángel y Óscar, de Sepulcro Hilario, investigadora en Oxford, nos contó su experiencia en la dura y valiosa tarea de la investigación.

Todas estas actividades nos han permitido crear vínculos entre las familias y la escuela, siendo esta un foco importante para la vida y cultura del pueblo, favoreciendo así la convivencia.

No me quiero olvidar al señor Jesús y su mujer, que eran los encargados de la calefacción y de la limpieza en los primeros años. Después llegó Jere ¡que ya lleva unos cuantos de años también con nosotros! Siempre dispuesto a realizar las tareas que le encomendamos. Agradecer a todas las personas que se han ocupado de mantener siempre limpia la escuela y, sobre todo, la desinfección realizada en época de pandemia.

Quiero mostrar mi agradecimiento a las familias, por ponérmelo tan fácil y por su implicación en todas las tareas de la escuela. No me olvidaré de los cafetitos calentitos, que nos traíais en el recreo cuando tanto frío hacía, ni de las rosquillas, los buñuelos o los bizcochos...



Quiero recordar a todos los niños que han pasado por esta escuela: los niños de Cabrillas, Sepulcro Hilario y de la Fresneda, pues juntos hemos caminado y los he acompañado en un trocito de sus vidas. Para mí ha sido un orgullo el haberlos visto crecer año tras año, no solo en estatura, sino como personas. A veces el camino no ha sido fácil, hemos tropezado, pero nos hemos vuelto a levantar, pues de los errores siempre se aprende.

Siempre he tratado de inculcarles los valores de la humildad, sinceridad, entusiasmo y constancia, para poder alcanzar cualquier meta que se propusieran, tanto en la escuela, instituto, universidad, como en sus trabajos. Alguno de ellos ya tiene su propio trabajo e incluso su familia, de lo cual me siento muy orgullosa.

Quiero recordar a los que ya no están: alcaldes, vecinos y mi recuerdo especial para Marta, *Martita*. Todos ellos de una u otra manera formaron parte de esta familia, que es la escuela de Cabrillas.



Ahora me toca marchar a Tamames y concluir allí mi paseo por la docencia. Cogeré mi babi y mi cartera y meteré aquel libro, que he ido completando a lo largo de estos veinte años. En él escribiré los últimos capítulos de mi historia como maestra.



Gracias por tu labor